

La Fe que Obra por el Amor

Un Sermón en Conmemoración del Natalicio de Lutero

NO. 1750

**SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO 11
DE NOVIEMBRE, 1883,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, LONDRES.**

***“Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión,
sino la fe que obra por el amor.”
Gálatas 5:6.***

Pablo elimina por completo esa confianza en los aspectos externos de la religión que es la tentación común en todos los tiempos. La circuncisión era algo muy importante para el judío y frecuentemente confiaba en ella, pero Pablo declara que de nada sirve. Es posible que hubiera otros que se alegraran por no ser judíos, pero Pablo declara que su incircuncisión no les servía más que su opuesto. Ciertos asuntos vinculados con la piedad son aspectos externos, y con todo, son útiles en su lugar apropiado: ese es el caso especialmente con el bautismo y la cena del Señor, con las reuniones de la congregación, con la lectura de la palabra, y con la oración y la alabanza públicas. Esas cosas son apropiadas y provechosas, pero ninguna de ellas debe ser constituida en ninguna medida o grado en el fundamento de nuestra esperanza de salvación, pues este texto arrasa con todas ellas, y describe claramente que no valen nada si son constituidas en fundamentos de nuestra confianza.

En los días de Lutero la confianza supersticiosa en las observancias externas se había impuesto sobre la fe en el Evangelio; las ceremonias se habían multiplicado excesivamente bajo la autoridad del Papa, se decían misas para las almas del purgatorio, y los hombres realmente vendían indulgencias por el pecado a plena luz del día. Cuando Dios levantó a Martín Lutero, quien nació hace cuatro siglos, dio un enfático testimonio contra la salvación por medio de formas externas y por medio del poder de la superchería sacerdotal, afirmando que la salvación es sólo por la fe, que la iglesia entera de Dios es una congregación de sacerdotes y que cada creyente es un sacerdote para Dios. Si Lutero no lo hubiera afirmado, la doctrina habría sido igualmente cierta pues la distinción entre el clero y los laicos no tiene ninguna base en la Escritura, que llama a los santos: “*kleros* de Dios,” clérigos de Dios, o herencia. También leemos: “Mas vosotros sois real sacerdocio.” Todo individuo que cree en el Señor Jesucristo es ungido para ejercer el sacerdocio cristiano, y por tanto, no necesita poner su confianza en otro hombre en vista de que el supuesto

sacerdote no es en nada superior a cualquier otro individuo. Cada ser humano tiene que rendir cuentas de sí mismo ante Dios. Cada quien tiene que leer y escudriñar las Escrituras por sí mismo, y tiene que creer por sí mismo, y cuando recibe la salvación, tiene que ofrecerse a sí mismo como un sacrificio vivo para Dios por Jesucristo, quien es el único Sumo Sacerdote de nuestra profesión. Eso basta en cuanto al lado negativo del texto, que está lleno de advertencias para esta época ritualista.

El testimonio primordial de nuestro gran reformador fue en cuanto a la justificación de un pecador a los ojos de Dios por la fe en Jesucristo, y solamente por eso. Lutero pudo haber adoptado apropiadamente esta declaración como su lema: “en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor.” Lutero se encontraba angustiado y perturbado en su mente en el monasterio agustino en Wittenberg; estando allí leyó en una vieja Biblia en latín: “El justo por la fe vivirá.” Esta era una idea nueva para él, y, por su medio, la luz espiritual penetró en cierta medida en su alma; pero eran tales los prejuicios de su educación y tal la oscuridad de su entorno, que aún esperaba encontrar la salvación gracias a ceremonias externas. Debido a eso ayunaba largamente al punto que se le vio desfallecer de hambre. Era sumamente celoso de la salvación por obras. Por fin realizó una peregrinación a Roma esperando encontrar allí todo lo que era santo y provechoso. Se vio frustrado en su búsqueda, pero aun así encontró más cosas de las que buscaba. Mientras subía de rodillas por la supuesta escalera de Pilato, el texto de Wittenberg resonó otra vez a sus oídos como el estallido de un trueno: “El justo por la fe vivirá.” Subió y bajó por esas escaleras y ya nunca volvió a arrastrarse por allí. La cadena estaba rota y el alma estaba libre. Lutero había encontrado la luz y a partir de entonces hacer brillar esa luz sobre las naciones se convirtió en la ocupación de su vida, clamando por siempre: “El justo por la fe vivirá.” La mejor conmemoración que podemos hacer de este varón es predicar la doctrina que él estimaba tanto, y la mejor manera en que pueden ayudarme los que no son salvos es creyendo esta doctrina y demostrando su verdad en sus propios casos. Que el Espíritu haga que así sea en cientos de casos.

I. Primero, preguntémosnos, ¿QUÉ ES ESTA FE? Siempre estamos hablando de ella, pero, ¿qué es? Siempre que trato de explicarla siento miedo no sea que los confunda en vez de que les explique. Circula una historia relacionada con “El Progreso del Peregrino” de John Bunyan. El buen Thomas Scott, el comentarista, escribió unas notas aclaratorias para ese libro pues consideraba que el “Progreso del Peregrino” era un libro difícil y él quería aclararlo. Una piadosa aldeana en su parroquia tenía el libro y lo estaba leyendo cuando en una ocasión su ministro la visitó. Él le dijo: “Oh, veo que está leyendo ‘El Progreso del Peregrino’ de Bunyan. ¿Lo entiende?” Ella respondió bastante inocentemente: “Oh, sí, señor, yo en-

tiendo muy bien al señor Bunyan, y espero que un día seré capaz de entender las explicaciones tuyas.” Temo que una vez que haya yo concluido ustedes digan: “Entiendo lo que es la fe tal como la encuentro en la Biblia, y un día, tal vez, seré capaz de entender la explicación que da el predicador.” Advertido de esto, voy a hablar tan claramente como pueda.

Y, primero, debe recordarse que la fe no es una mera aceptación de un credo. Es muy apropiado decir: “Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra”... etcétera; pero ustedes pueden repetir todo eso y no ser “creyentes” en el sentido escritural de ese término. Aunque el credo sea verdadero, pudiera no ser cierto para ustedes; les daría lo mismo si lo opuesto hubiera sido cierto, pues guardan la verdad como guardarían cualquier papel en un casillero y así no puede tener ningún efecto sobre ustedes. “Es una doctrina muy apropiada”—afirman—“es una doctrina muy apropiada,” y así dejan que duerma tranquilamente. No ejerce ninguna influencia en su corazón ni afecta su vida. No vayan a imaginar que profesar un credo ortodoxo es lo mismo que la fe en Cristo. Un credo verdadero es deseable por muchas razones, pero si fuese algo muerto e ineficaz no puede traer la salvación. La fe es creer la verdad, pero es algo más.

Además, la fe no es la mera creencia en que hay un Dios, aunque se deba tener, pues no podemos acercarnos a Dios a menos que “creamos que le hay, y que es galardonador de los que le buscan.” Debemos creer *en* Dios: que es bueno, bendito, veraz, recto, y por tanto, debemos confiar en Él, debemos fiarnos de Él y debemos alabarle. Prescindiendo de lo que Él haga, prescindiendo de lo que Él diga, no se debe sospechar de Dios sino que se debe creer en Él. Ustedes saben en qué consiste creer en un hombre, ¿no es cierto? Saben en qué consiste en creer a un hombre al punto de seguirle, fiarse de él y aceptar su consejo. La fe cree en Dios de esa misma manera: no sólo cree que es, sino que encuentra reposo en Su carácter, en Su Hijo, en Su promesa, en Su pacto, en Su palabra y en todo lo relacionado con Él. Fe confía vívida y amorosamente en su Dios en cuanto a todo. Hemos de creer especialmente en lo que Dios ha revelado en la Escritura: que es verdadera y ciertamente un seguro e infalible testimonio que ha de ser recibido sin cuestionamientos. Aceptamos el testimonio del Padre concerniente a Jesús, al cual estamos atentos “como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro.”

Fe tiene que creer especialmente en Aquel que es la suma y sustancia de toda esta revelación, Jesucristo, que se hizo Dios en carne humana para redimir a nuestra naturaleza caída de todos los males del pecado, y para elevarla a la eterna felicidad. Creemos *en* Cristo, nos fiamos *a* Cristo, y nos apoyamos *sobre* Cristo, aceptándolo por causa del testimonio que Dios nos ha legado concerniente a Su Hijo, que es la propiciación por

nuestros pecados. Nosotros aceptamos el indecible don de Dios y recibimos a Jesús como nuestro todo en todo.

Si yo quisiera describir a la fe salvadora en una palabra, yo diría que es *confianza*. Es creer de tal manera en Dios y creer de tal manera en Cristo que confiamos nuestros destinos eternos y a nosotros mismos en las manos de un Dios reconciliado. Como criaturas, alzamos nuestra mirada al grandioso Padre de los espíritus; como pecadores, confiamos en la expiación de Jesucristo para el perdón de nuestros pecados; como seres débiles y endeblés, nos confiamos al poder del Espíritu Santo para que nos santifique y nos guarde así; arriesgamos nuestros eternos intereses en la nave de la gracia inmerecida, contentos de hundirnos o de nadar con ella. Dependemos de Dios en Cristo. La palabra empleada para exponer la fe en las Escrituras algunas veces significa apoyarse. Nos apoyamos con todo nuestro peso sobre nuestro Dios, en Jesucristo. Nos colgamos de Cristo así como un recipiente cuelga de un clavo. “Recostarse” era un término con el que los antiguos puritanos solían describir a la fe: es un descansar, es un apoyarse en algo fuera de nosotros. Culpable como soy, yo creo en la palabra de Dios que dice que “la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado,” y confiando en esa sangre yo sé que soy limpiado de todo pecado. Dios expone a Cristo como una propiciación; nosotros creemos que Él es una propiciación y lo tomamos para que sea *nuestra* propiciación; mediante esa apropiación nuestro pecado es cubierto y somos libres. Fe es aferrarse a, es apropiarse de, es recibir en nuestro interior al Señor Jesucristo. Algunas veces yo lo ilustro con aquel pasaje de Pablo donde él dice: “Cerca de ti está la palabra, en tu boca.” Cuando un trozo de alimento está en tu boca, si desearas poseerlo como para no perderlo nunca, ¿qué es lo mejor que puedes hacer? *Tragarlo*. Hacer que se introduzca dentro de nosotros. Ahora, de acuerdo al apóstol, la palabra que predicamos está “en tu boca”; entonces permite que se adentre en tu corazón y verás que es cierto que “con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.” Esta es la fe que salva al alma.

II. En segundo lugar vamos a considerar ¿POR QUÉ LA FE ES SELECCIONADA COMO EL CAMINO DE SALVACIÓN?

Quisiera recordarles que si no pudiéramos responder esta pregunta no importaría, pues ya que el Señor ha designado a la fe como el camino de gracia no nos corresponde disputar su elección. Los mendigos no deben elegir; confiemos, si así lo ordena el Señor.

Pero nosotros podemos responder esta pregunta en cierta medida. Primero, es claro que *ningún otro camino es posible*. No es posible que seamos salvados por nuestros propios méritos pues ya hemos quebrantado la ley, y la obediencia futura, estando todavía pendiente de cumplirse, no puede compensar las fallas pasadas—

***“Aunque mis lágrimas pudiesen fluir ininterrumpidamente,
Aunque mi celo no conociera ningún descanso,
Nada de eso podría expiar el pecado:
Tú tienes que salvar, y sólo Tú.”***

El camino de las buenas obras está bloqueado por nuestros pecados pasados, y con toda seguridad experimentará bloqueos adicionales por pecados futuros; por tanto tenemos que regocijarnos porque Dios nos ha recomendado el camino abierto de la fe.

Dios ha escogido el camino de la fe *para que la salvación sea por gracia*. Si tuviéramos que hacer algo para salvarnos a nosotros mismos, con toda seguridad le imputaríamos una cierta medida de virtud a nuestras propias acciones, o a nuestros sentimientos, o a nuestras oraciones, o a nuestras mercedes, y así le restaríamos valor a la pura gracia de Dios. Pero la salvación viene de Dios como un favor puro, como un acto de generosidad y benevolencia inmerecidas y por tanto, el Señor sólo la pondrá en la mano de la fe, puesto que la fe no se arroga nada. Fe, de hecho, descarta toda idea de mérito, y por tanto el Señor de gracia decide colocar el tesoro de Su amor en manos de la fe.

Además, es por fe *para que no haya ninguna jactancia*; pues si la salvación fuera por nuestros actos o sentimientos, con toda seguridad nos jactaríamos; pero, si es por fe, nuestro ‘yo’ no puede gloriarse. “¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe.” Fe es humilde y atribuye toda la alabanza a Dios. Fe es veraz y confiesa su obligación para con la gracia soberana de Dios.

Yo bendigo al Señor porque Él ha escogido este camino de la fe porque *es tan apropiado para los pobres pecadores*. Algunos aquí presentes esta noche no habrían sido salvados nunca si la salvación hubiere sido preparada sólo para los buenos y los justos. Yo era culpable delante de mi Dios y permanecía autocondenado. Ningún joven tuvo jamás un sentido más agudo de culpa del que yo tenía. Cuando fui convicto de pecado vi que mis pensamientos y mis deseos eran viles a los ojos de Dios y también me volví vil a mis propios ojos. Fui conducido a la desesperación; y yo sé que nunca hubiera podido ser animado por ningún plan de salvación excepto por ese que es por fe. Debido a nuestra debilidad el pacto de obras no nos proporciona ninguna forma apropiada de esperanza en ningún momento, pero bajo ciertas circunstancias vemos esto muy vívidamente. Supongan que se encontraran en el artículo de la muerte, ¿qué buenas obras podrían hacer? Aquel ladrón moribundo descubrió que era algo dichoso que por fe pudiera confiar en el Crucificado, y antes de que el sol se pusiera pudiera estar con Él en el Paraíso. La fe es un camino adecuado para los pecadores, y especialmente para los pecadores que están a punto de morir; en algún sentido todos nosotros estamos en esa

condición, y algunos de nosotros acaso lo estemos más especialmente; pues ¿quién de nosotros sabe con certeza si verá el alba del día de mañana?

Yo bendigo otra vez a Dios porque el camino de salvación es por fe, porque *es un camino abierto al más ignorante*. Cuán excelente teología recibimos en estos días que es catalogada como ‘pensamiento profundo.’ Los hombres se sumergen muy profundamente en sus temas y remueven de tal manera el lodo en el fondo que no puedes verlos y ni ellos mismos pueden verse. Yo percibo que ni los propios maestros de una cierta escuela saben de lo que están hablando. Ahora bien, si la salvación se aprendiera únicamente leyendo folios gigantescos, ¿qué sería de las multitudes de pobres almas en Bow, y en Bethnal Green, y Seven Dials? Si el Evangelio hubiera consistido en acumular aprendizaje, ¿cómo podrían ser salvos los que son sin letras? Pero ahora podemos ir a cada uno de ellos y decirles: “Jesús murió”—

**“Hay vida en una mirada al Crucificado;
Hay vida en este instante para ti.”**

Por poco que puedas saber, tú sabes que has pecado; has de saber, entonces, que Jesús vino para quitar el pecado, y que todo aquel que en Él crea es perdonado inmediatamente y entra en la vida eterna. Este breve y bendito Evangelio es apropiado para todos los casos, desde príncipes a campesinos, y no nos sorprende que la fe fuera seleccionada como el camino de la salvación.

III. Pero ahora, en tercer lugar, esta noche quiero extenderme hablando sobre otra pregunta: ¿CÓMO OPERA LA FE? Pues según nuestro texto es una “Fe *que obra* por el amor.” La única fe que salva al alma es una fe viva, operante, amorosa. No puedo decirles qué cosas tan duras he oído acerca de esta doctrina de la salvación por fe. Dicen que es inmoral. He oído que lo dicen personas inmorales, y ellas lo saben muy bien. Dicen que conduce al pecado, y pienso que quienes lo dicen, se complacerían con ella por esa misma razón, si creyeran en su propia declaración. Yo nunca he oído a un santo acusar a la fe de conducirlo al pecado. No conozco a nadie que vaya en pos de Dios y que viva cerca de Él que tenga temor de que la fe en Dios lo tienta a transgredir. El hecho es que la fe no hace nada de ese tipo; su acción es exactamente lo contrario de manera sumamente clara. Como la esposa prudente en los Proverbios, la fe ‘le da bien al hombre y no mal todos los días de su vida.’

Primero, *toca el móvil principal de nuestra naturaleza generando amor dentro del alma*. ¿Qué se necesita ahora para las clases degradadas de Londres? ¿Regulaciones sanitarias? Ciertamente, si no se les permitiera que quedaran como letra muerta por falta de alguien que las implemente. ¿Nuevas casas? Definitivamente; entre más mejor. ¿Rentas más bajas? Seguramente, pues nadie tiene el derecho de obtener una renta excesiva

por habitaciones insalubres. ¿Más altos salarios? Ciertamente, a todos nosotros nos vendría bien un mayor salario. Muchas otras cosas son necesarias. Mientras aquellos palacios de la ginebra permanezcan en las esquinas de las calles no se logrará mucho progreso en mejorar a las masas; y yo supongo que las cantinas siempre florecerán mientras permanezca el gusto por la bebida. Supongan que esos expendios autorizados de veneno fueran clausurados, ¿bastaría con eso? No lo creo. Hay hombres y mujeres en Londres, y miles de ellos, que, aunque fueran ubicados en las casas más limpias y estuvieran a millas de distancia de las cantinas donde se vende la ginebra, todavía beberían y todavía convertirían sus hogares en pocilgas. ¿Qué se necesita? ¡Oh, si pudieras hacer de ellos unos cristianos! Supongan que pudieran nacer de nuevo. Supongan que pudieran ser conducidos a amar las cosas que ahora odian, y a odiar las cosas que ahora aman. Nuevos corazones y espíritus rectos son la necesidad de los parias de Londres. ¿Cómo pueden producirse esas cosas? En la mano de Dios el Espíritu Santo, eso es exactamente lo que la fe obra en el corazón. Aquí tenemos un reloj. “Necesita una limpieza.” Sí, límpialo. “Ahora no funciona. Necesita un nuevo cristal.” Bien, ponle un nuevo cristal. “Sigue sin funcionar. Necesita nuevas manecillas.” Consigue nuevas manecillas, por supuesto. Aun así no funciona. ¿Qué es lo que tiene? El relojero dice que necesita un resorte principal. Allí está el origen del mal: nada puede estar bien hasta que eso sea rectificado. Pon a funcionar todos los mecanismos, pero no olvides que el resorte principal es la parte primordial del asunto. Fe le suministra al alma un poderoso móvil de acción. Le dice al hombre: “Tú eres perdonado por medio de la sangre de Cristo que murió por ti: ¿qué sientes en cuanto a Él?” El hombre responde: “Yo amo al Señor por redimirme.” Amando a Jesús, el hombre tiene ahora dentro de su alma la simiente de todo bien. Se convertirá en un ser más santo y mejor, pues ha comenzado a amar y el amor engendra la santidad. ¿Hay algún servicio en el mundo como el servicio del amor? Tienes un sirviente en tu casa que es lisonjero y servil; pero si fueras a reducir su salario te mostraría el lado áspero de su lengua y buscaría otro empleo. No esperas de él nada más que eso y si lo hicieras, no lo obtendrías. Cuán diferente era un viejo sirviente del que me he enterado, quien, cuando su amo perdió su posición en el mundo, se contentaba con media paga; y cuando, con mucha aflicción, se le dijo que tenía que irse pues su amo no podía proporcionarle ni la ropa, hizo que sus viejos vestidos le duraran, pues no quería abandonar a su amo en su ancianidad. Más bien hubiera querido ganar el pan para su viejo amo que tener que dejarle. Era un siervo apegado que valía su peso en oro; hay pocos sirvientes como él en estos días, pues no hay tales amos como aquel. Este tipo de servicio no puede ser comprado pero su precio está por encima de los rubíes. Cuando el Señor nos conduce a creer en

Jesús, nos convertimos a partir de entonces en Sus siervos amorosos y le servimos, no por la recompensa sino por gratitud. Para nosotros ya no se trata de tanta cantidad de trabajo por determinado sueldo; no tememos la amenaza del infierno por la desobediencia, ni miramos al cielo como algo ganado por obras. No, no; nuestra salvación es un don gratuito. La recibimos por medio del infinito amor y de la suprema compasión, y por tanto nosotros devolvemos el más cálido afecto de nuestro corazón. Nuestro corazón se aferra a ese amado costado que fue abierto por nosotros. ¡Sentimos un tierno amor por esos amados pies atravesados; podríamos besarlos cada día! ¡Esas benditas manos del Crucificado! A su contacto somos fortalecidos, honrados, consolados. Jesús es todo Él codiciable para nosotros; es el Señor de nuestro corazón. La fe, en vez de ser una cosa pobre y miserable, como algunos imaginan, es la causa más grandiosa de amor, y por tanto, de obediencia y santidad.

Han de saber, además, que *la fe nos pone en una nueva relación*. Estamos obligados por naturaleza a ser los siervos de Dios, pero la fe susurra a nuestro oído: “Di ‘Padre nuestro’ y cuando el corazón ha recibido el Espíritu de adopción, el aspecto de servicio se modifica enteramente; el servicio mercenario es sustituido por la obediencia amorosa, y nuestro espíritu es transformado. Convertirse en un heredero de Dios y en un coheredero con Jesús es sublimar el trabajo y convertirlo en un deleite, es trabajar en comunión con Dios. La ley no es un grillete para un hijo de Dios: es su deleite.

La fe erradica del alma esa forma de egoísmo que anteriormente parecía necesaria. Así que tú esperas ser salvado por lo que haces, ¿no es cierto? ¿Puedo preguntarte, amigo, a quién estás sirviendo en todo eso? Yo te lo diré. Te estás sirviendo a ti mismo. Todo lo que haces es ganar felicidad para ti mismo. ¿Cómo, entonces, estás sirviendo a Dios? Estás viviendo una vida egoísta aunque esté teñida con el color de la espiritualidad. Lo que es realizado por ti en el caso de la religión no tiene otro objetivo sino que *tú* seas salvado y que vayas al cielo. Toda tu obra más celosa es para el ‘yo.’ Supón que yo te dijera: “Yo sé que soy salvo; yo sé que Jesús ha quitado mi pecado; yo sé que no permitirá que perezca”; vamos, entonces en mi caso hay espacio para el servicio del Señor por lo que Él ha hecho por mí. Ahora no tengo que salvarme a mí mismo, sino que tengo que servir a Cristo. La gratitud es la motivación del Evangelio, y la virtud abnegada es posible bajo su poder pero no sobre la base del servicio legal. Me parece que la pura virtud es una completa imposibilidad mientras un hombre no sea salvado porque siempre tiene que participar de la visión rastrera y ruin del beneficio propio por lo que está haciendo. Una vez que la gran transacción se lleva a cabo, y tú eres salvado, entonces eres alzado a una esfera más noble, y dices—

“Entonces, ¿por qué, oh bendito Jesucristo,

**No habría de amarte más?
 No por la esperanza de ganar el cielo,
 Ni por escapar del infierno;
 No con la esperanza de ganar algo,
 Ni en busca de una recompensa:
 Pero como Tú me has amado,
 Oh, siempre amante Señor,
 Así quisiera amarte, amadísimo Señor,
 Y en Tu loa cantaré,
 Sólo porque Tú eres mi Dios,
 Y mi Eterno Rey.”**

Por esto la fe inspira una motivación mayor que la que la ley puede sugerir.

Fe genera pronto el amor por el hombre; pues, si el Señor Jesús te ha salvado, hermano mío, pronto desearás que otros sean salvados también. Tú has gustado de esta miel, y la dulzura sobre tu propia lengua te constringe a invitar a otros al festín. Aquel que ha sido introducido a la libertad de la gracia inmerecida quisiera, si pudiera, liberar a todo pecador cautivo.

Cuando está bien ejercitada, *la fe significa armonía con Dios.* Crea un acuerdo con la voluntad divina de manera que nos agrada todo lo que agrada a Dios. Si el Señor sentara al creyente sobre un muladar junto a Job, todavía bendeciría Su nombre. Fe está de acuerdo con el precepto divino, y desea obedecerlo, y con la doctrina divina, que desea conocer y publicar; sí, fe dice de todo lo que es de Dios: “Es el Señor, que mande, enseñe o haga lo que bien le pareciere.”

Les he mostrado que la fe no es el nimio principio que sus detractores describen como “Sólo cree.” Oh, que supieran en qué consiste sólo creer. Es la liberación de la mente de sus cadenas. Es el amanecer del propio día del cielo. El “Sólo cree” es una lucha vitalicia. Esta es “la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado.”

Hermanos, yo creo que *una fe humilde y perseverante en Dios es una de las formas más excelsas de adoración que suba jamás al trono de Dios.* Aunque los querubines y los serafines saludan al Señor con sus “Santo, Santo, Santo,” aunque todo el ejército de seres resplandecientes rodeen el trono con perpetuos aleluyas, no hay una reverencia más ferviente dada a Dios que cuando un pobre pecador, negro como la noche, clama con fe: “Lávame, y seré más blanco que la nieve.” Creer en el perdón del pecado es una maravillosa adoración de la misericordia y del poder de Dios. Creer en una providencia constante es una dulce manera de adoración a Dios en Su poder y bondad. Cuando un pobre labrador en su casucha, necesitado de pan para sus hijos, se arrodilla y clama: “Señor, está escrito, ‘se te dará tu pan, y tus aguas serán seguras,’ yo creo en Tu palabra, y por tanto, miro a Ti en mi necesidad,” rinde un homenaje a la verdad y a la fidelidad de Dios que ni el mismo Gabriel podría rendir pues nunca

conoció el aguijón del hambre. Creer que Dios nos guardará hasta el fin y que nos llevará a Su gloria es más honroso para Dios que todos los himnos de los glorificados. Cuando confiamos en Su promesa, desde nosotros, moribundos hijos de la tierra, sube al cielo un incienso de un olor fragante, aceptable a Dios por Jesucristo.

Pienso que también hay esto acerca de la fe: que tiene un poder maravilloso sobre Dios. ¿Me pides que me retracte de esa expresión? No lo haré. La voy a explicar. Fe vence al Altísimo en Su trono. La fe de un ser inferior puede conquistar a un ser superior. Me explico: hace algunos años, yo me paseaba una noche en el jardín, cuando vi a un perro extraviado del que ya me habían dicho que tenía el hábito de visitar mis terrenos, pero que no le ayudaba en lo más mínimo al jardinero, y por tanto, que sus atenciones no eran deseables. Mientras caminaba meditando en mi sermón un sábado por la noche, vi a aquel perro activamente ocupado en hacer destrozos. Le arrojé mi bastón y le grité que se largara. ¿Pero qué creen que hizo? En vez de gruñirme, o de salir corriendo aullando, me miró muy amigablemente, recogió mi bastón con su hocico y me lo trajo, y luego, moviendo su cola, puso el bastón a mis pies. Yo tenía lágrimas en mis ojos; el perro me había conquistado. Dije: “¡Eres un buen perro! Eres un buen perro; después de esto puedes venir aquí cuando quieras.” ¿Por qué me había conquistado el perro? Porque tuvo confianza en mí, y no quiso creer que yo podría hacerle algún daño. Pero volviendo a cosas más sublimes: el Señor mismo no puede resistirse a la humilde confianza. ¿No ven cómo un pecador lleva, por así decirlo, la vara de la justicia al Señor, y clama: “Si Tú me golpeas, yo lo merezco; yo me someto a Ti”? El grandioso Dios no puede desdeñar a un corazón confiado. Eso es imposible. No sería Dios si pudiera echar fuera al alma que incuestionablemente confía en Él. Entonces este es el poder de la fe, y no me sorprende que el Señor la haya elegido pues la fe es algo sumamente agradable para Dios. ¡Oh, que todos ustedes confiaran en Él! Dios alza Su espada contra ustedes, entonces, corran a Sus brazos. Él los amenaza, entonces, sujétense a Su promesa. Él los persigue, entonces, acudan presurosos a Su amado Hijo. Confíen al pie de la cruz en Su plena expiación, y tienen que ser salvos.

IV. Ahora voy a concluir de una manera apropiada a esta conmemoración de Lutero. Ustedes ya han oído hasta la saciedad que Lutero predicaba la salvación por fe únicamente. Ahora, VAYAMOS A LA VIDA DE LUTERO, y veamos lo que el propio Lutero quería decir con eso. ¿Qué tipo de fe exhibía el propio Lutero gracias a la cual él fue justificado?

Primero, en el caso de Lutero, la fe lo condujo a *una abierta confesión de lo que creía*. Lutero no tenía la intención de subir al cielo por las escaleras traseras, como muchos jóvenes esperan hacerlo. Ustedes desean ser cristianos a escondidas para escapar la ofensa de la cruz. Lutero no

rehusaba confesar a Cristo y tomar su cruz y seguirle. Él sabía que quien cree con el corazón tiene que hacer también una confesión con su boca, y él la hizo muy noblemente. Comenzó a enseñar y a predicar la verdad que había iluminado a su propia alma. Uno de sus sermones desagradó al duque Jorge de Sajonia, pero como a la vez salvó a una dama de alcurnia, Lutero no se inmutó. Él no era un hombre que ocultara la verdad porque fuera peligroso confesarla. Tetzl llegó con sus preciosas indulgencias y con sus liberaciones de las almas del purgatorio. Miles de buenos católicos estaba indignados pero nadie le quería poner el cascabel al gato. Lutero llamó a Tetzl “siervo del Papa y del demonio,” y declaró: “como vino entre nosotros aprovechándose de la credulidad de la gente, no podía refrenarme de protestar contra eso y oponerme a su odiosa carrera.” Sin medir sus palabras, sin intentar hablar amablemente, Lutero se enfrentó a él sin miedo a las consecuencias. Él creía en las bendiciones de la gracia “sin dinero y sin precio,” y no ocultaba sus convicciones. Clavó sus tesis en la puerta de la iglesia donde todos pudieran leerlas. Cuando los astrónomos requieran un nombre para una nueva constelación en los cielos que sea “el martillo y los clavos.” ¡Oh, que la fe franca de este hombre reprenda a quienes no hacen ninguna profesión!

Su *impávido valor por la verdad* provocaba que fuera grandemente odiado en su propio día con una ferocidad que todavía no se ha extinguido. Lutero sigue siendo todavía el hombre más odiado en ciertos sectores. De eso son testigos los viles opúsculos que se han producido durante la última quincena para desgracia de la prensa que contaminan. No puedo decir nada mejor ni nada peor de esos opúsculos sino que son dignos de la causa en cuyo interés son publicados. Si se menciona el nombre de Lutero los esclavos de Roma crujen sus dientes. Esta intensa animadversión demuestra el poder de Lutero. Jóvenes, yo no sé cuál pudiera ser su ambición; pero yo espero que no deseen ser meras hojuelas en la avena en este mundo sin aportar ningún sabor de ningún tipo. Mi ambición no va en esa línea. Yo sé que si no tengo a nadie que me odie intensamente, no puedo tener a nadie que me ame intensamente; y estoy preparado para tenerlos a ambos. Cuando los varones de recto corazón ven en un hombre un honesto amor por la verdad, claman: “Él es nuestro hermano. Que sea nuestro adalid.” Cuando los hombres de corazón malvado replican: “¡Abajo con él!,” les damos gracias por el homenaje inconsciente que rinden de esa manera a la decisión de carácter. Ningún hijo de Dios debe cortejar la aprobación del mundo. Ciertamente Lutero no lo hacía. Él agradaba a Dios y eso le bastaba.

Su fe era también de este tipo: que lo impulsaba a *una ferviente reverencia por lo que creía que decía la Santa Escritura*. Lamento que no siempre fuera sabio en su juicio sobre lo que la Biblia contiene; con todo, para él la Escritura era la corte de apelaciones definitiva. Si alguien hu-

biera convencido a Lutero de algún error en cuanto a ese libro, de buena gana se habría retractado; pero ese no era el plan de ellos, simplemente decían: “es un hereje; condénenlo o hagan que se retracte.” A esto no cedió nunca ni por un instante. Ay, en esta época cantidades de hombres se están proponiendo como sus propios escritores inspirados. Me han dicho que todo hombre que es su propio abogado tiene a un necio por cliente; y yo estoy inclinado a pensar que, cuando algún hombre se propone como su propio salvador y su propia revelación, ocurre mucho de lo mismo. Esa altiva idea está en el aire en este momento presente: cada individuo está elaborando su propia Biblia. No sucedía así con Lutero. ¡Él amaba al Libro sagrado! Luchaba con su ayuda. Era su hacha de combate y su arma de guerra. Un texto de la Escritura encendía su alma, pero rechazaba las palabras de la tradición. No cedería ante Melancton, o Zwinglio, o Calvino, o quienquiera que fuese, prescindiendo de cuán letrado o pío; llevaba su propia fe personal a la Escritura, y seguía la palabra del Señor de acuerdo a la luz que poseía. ¡Que haya muchos Luteros en este lugar!

Lo siguiente que noto era *la intensa actividad de su fe*. Lutero no creía en que Dios hiciera la obra que a él le correspondía de manera que le permitiera permanecer ocioso. Nada de eso. Un discípulo le dijo una vez a Mahoma: “Voy a soltar mi camello y voy a confiar en la providencia.” “No”—respondió Mahoma—“confía en la providencia pero amarra cuidadosamente a tu camello.” Esto se asemeja al precepto puritano de Oliver Cromwell, “Confía en Dios, pero mantén tu pólvora seca.” Lutero creía más que nadie en mantener su pólvora seca. ¡Cómo trabajaba! Con la pluma, con la boca, con la mano; desbordaba energía casi más allá de lo creíble. Parecía un hombre de muchas manos. Hacía obras que hubieran agotado las fuerzas de cientos de hombres más pequeños. Trabajaba como si todo dependiera de su propia actividad, y luego se apoyaba en Dios en santa confianza como si no hubiera hecho nada. Este es el tipo de fe que salva a un hombre tanto en esta vida como en la vida venidera.

Además, *la fe de Lutero abundaba en oración*. ¡Qué suplicas eran las suyas! Quienes las oían nos cuentan de sus lágrimas, de sus luchas, de sus santos argumentos. Entraba en su aposento con el corazón afligido, y permanecía allí una hora o dos, y luego salía cantando “he vencido, he vencido.” “Ah”—dijo un día—“tengo tanto que hacer hoy que no podría realizarlo sin dedicar al menos tres horas a la oración.” Yo pensé que diría: “no puedo permitirme asignar ni siquiera un cuarto de hora a la oración”; más bien aumentaba su oración conforme aumentaba su labor. Esta es la fe que salva: una fe que se aferra a Dios y que prevalece con Él en suplicación privada.

La suya fue una fe que *le liberó enteramente del miedo del hombre*. El duque Jorge va a detenerlo. “¿Es él?”—dijo Lutero—“Aunque llovieran

duques Jorges yo iría.” Se le exhorta para que no vaya a Worms, pues correría peligro. Aunque hubiera tantos demonios en Worms como había tejas sobre los techos de las casas iría allí. Y allí se dirigió, como todos ustedes saben, actuando virilmente por el Evangelio y por su Dios. No se comprometía con nadie y guardaba su fe en Dios pura y sin mezcla. Papas, emperadores, doctores, electores, todos ellos eran como nada para Lutero cuando estaban en contra del Señor. Que así sea también con nosotros.

La suya fue una fe que lo condujo a arriesgar todo por la verdad. No parecía que hubiera alguna esperanza de que regresara con vida a Worms. Con toda seguridad sería quemado como John Huss pero lo sorprendente es que se escapó. Su arrojo le proporcionó seguridad frente al peligro. Expresaba su pesar de que la corona del martirio, con toda probabilidad, no le tocara; pero tenía en su interior la fe que estaba dispuesta a morir por Jesús. Aquel que en un caso así salva su vida la perderá, pero el que pierde su vida por causa de Cristo la encontrará para vida eterna.

Esta fue la fe que hizo que Lutero fuera un hombre entre los hombres, y que *le salvó de las afectaciones sacerdotales*. Yo no sé si ustedes admiran lo que se considera como una religión muy superior: es una cosa de belleza, pero no de uso; debería guardarse siempre en una vitrina; está hecha para salones y para reuniones religiosas, pero estaría fuera de lugar en un taller o en una granja. Ahora bien, la religión de Lutero estaba con él en casa y a la mesa, así como en el púlpito. Su religión era parte y porción de su vida común, y esa vida era libre, abierta, osada, y sin restricciones. Es fácil censurar a Lutero desde el punto de vista superfino, pues él vivía en una honesta indefensión. Mi admiración se enardece al pensar en la fervorosa apertura del hombre. No me sorprende que aun los alemanes impíos lo reverencien, pues él es todo un alemán y todo un hombre. Cuando habla no se saca las palabras de su boca para mirarlas, y para preguntarle a Melanchton si servirán; antes bien golpea duro, y ya ha hablado una docena de frases antes de haber pensado si son pulidas o no. Ciertamente es completamente indiferente a las críticas, y dice lo que piensa y siente. Está tranquilo pues se siente en casa; ¿acaso no está por doquier en la casa de su grandioso Padre? ¿Acaso no tiene una intención pura y simple de decir la verdad y de hacer lo recto?

Me agrada que Lutero tenga una esposa e hijos. Me gusta verlo con su familia y con un árbol de Navidad, haciendo música con el pequeño Juanito Lutero sobre sus rodillas. Me encanta oírlo cantar un pequeño himno con los niños, y contarle a su hermoso muchacho acerca de los caballos en el cielo con bridas de oro y monturas de plata. La fe no había suprimido su hombría sino que la había santificado para los usos más nobles. Lutero no vivía ni se movía como si fuera un mero clérigo, sino

como un hermano para nuestra común humanidad. Después de todo, hermanos, han de saber que los más grandes teólogos tienen que comer pan con mantequilla como las demás personas. Cierran sus ojos antes de dormir y los abren por la mañana tal como lo hacen las demás personas. Esto es un hecho, aunque algunos caballeros estirados quisieran que dudáramos de ello. Sienten y piensan como otros hombres. ¿Por qué habrían de dar la impresión como si no lo hicieran? ¿Acaso no es algo bueno comer y beber para la gloria de Dios y mostrarle a la gente que las cosas comunes pueden ser santificadas por la palabra de Dios y la oración? ¿Qué importa si no nos vestimos con ornamentos litúrgicos, y cosas parecidas? Los mejores ornamentos litúrgicos corresponden a una plena entrega a la obra del Señor; y si un hombre vive rectamente, hace de cada vestido un ornamento eclesiástico, hace de cada comida un sacramento y de cada casa un templo. Todas nuestras horas son canónicas, todos nuestros días son santos, cada aliento es incienso y cada pulso es música para el Altísimo.

Nos dicen que Lutero ignoraba las buenas obras. Es cierto que no permitía que se hablara de las buenas obras como si fueran medios para la salvación, pero exigía vidas santas de aquellos que profesaban la fe en Jesús. *Lutero abundaba en oración y caridades.* ¡Cuán caritativo era Lutero! Me temo que no tenía en cuenta en todo momento los principios de la Sociedad para la Organización del Socorro Caritativo y la Represión de la Mendicidad. Cuando va caminando, si hay mendigos vacía sus bolsillos para darles a ellos. Acaban de ingresar doscientas coronas, y, aunque tiene una familia, clama: “¡Doscientas coronas! Dios me está dando mi porción en esta vida.” “Mira”—le dice a un pobre hermano ministro “toma la mitad. ¿Y dónde están los pobres? Llámenlos. ¡Tengo que deshacerme de esto! Me temo que su esposa Catalina se veía forzada a veces a menear la cabeza por esa actitud, pues, en verdad, no era siempre el marido más ahorrativo que pudiera existir. En caridades era insuperable y en todos los deberes de la vida excedía el nivel de su época. Como todas las demás personas tenía sus fallas; pero como sus enemigos tocan ese tema hasta el cansancio y van mucho más allá de la verdad, no necesito detenerme en sus fallas. Yo desearía que los detractores de Lutero fueran la mitad de buenos de lo que él era. Toda la gloria de su grandiosa carrera sea sólo para el Señor.

Por último, la fe de Lutero era una fe que *le ayudaba en las luchas de las que poco se habla.* Yo supongo que nunca nadie tuvo mayores conflictos de alma que Lutero. Era un hombre de alturas y de honduras. Algunas veces subía al cielo y entonaba sus aleluyas; y luego descendía hasta el abismo con sus “misereres.” Me temo que aunque era grande y vigoroso, tenía un mal hígado. Fue gravemente afligido en el cuerpo en maneras que no necesito mencionar; y era arrumbado a veces durante meses

seguidos, siendo tan torturado y atormentado que anhelaba morir. Sus dolores eran extremos y nos preguntamos cómo los soportaba tan bien. Pero siempre, entre los ataques de la enfermedad, Lutero estaba de pie predicando otra vez la palabra de Dios. Esas luchas desesperadas con el demonio le habrían aplastado si no hubiera sido por su fe. El diablo parece haber estado asediándole constantemente y él estaba asediando constantemente al diablo. En ese tremendo duelo se apoyaba en su Señor, y, confiando en la Omnipotencia, ponía en huída a Satanás.

Jóvenes, yo ruego que un Lutero pueda surgir de sus filas. ¡Cuán alegremente los fieles le darían la bienvenida! Yo, que soy más seguidor de Calvino que de Lutero, y mucho más un seguidor de Jesús que de cualquiera de ellos dos, estaría encantado de ver a otro Lutero sobre esta tierra.

Que Dios los bendiga, hermanos, por Cristo nuestro Señor. Amén.

Porción de la Escritura leída antes del sermón—Gálatas 3.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

**Sermon #1750—Volume 29
FAITH WHICH WORKS BY LOVE**